

Guy de Maupassant

La Mujer
De Paul

E LEJANDRIA



Guy de Maupassant

La Mujer
De Paul

E LEJANDRIA

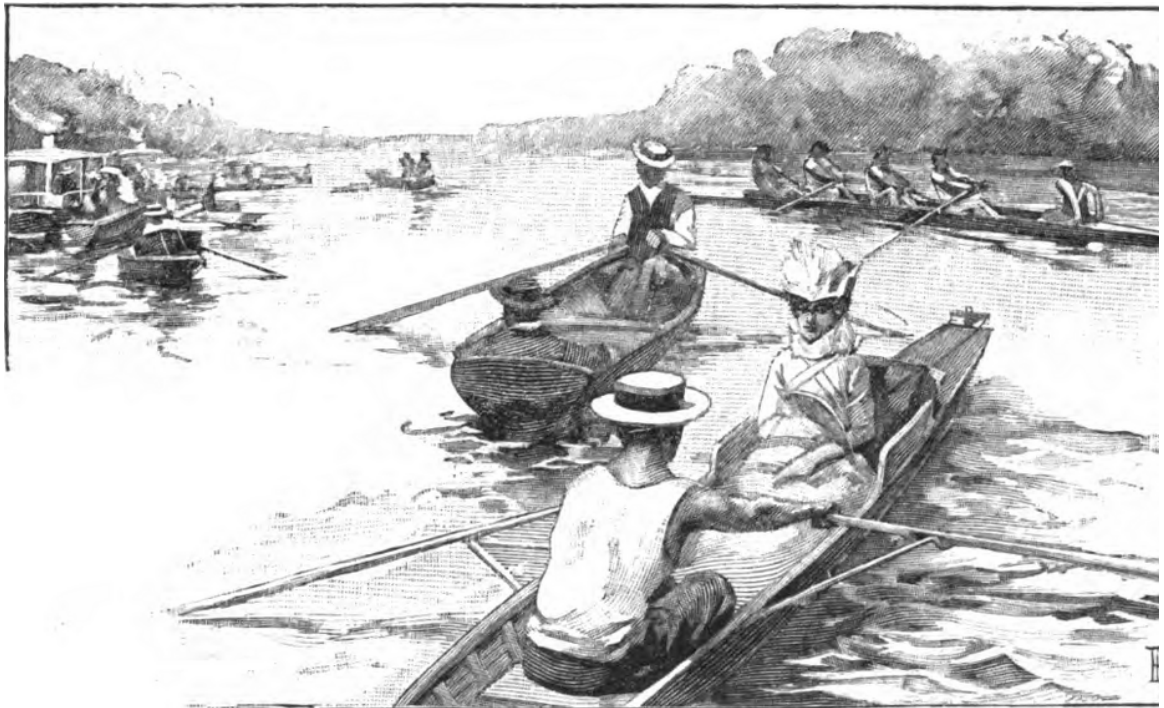
LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA MUJER DE PAUL

GUY DE MAUPASSANT

PUBLICADO: 1881
FUENTE: WIKISOURCE
EDICIÓN: LIBRAIRIE PAUL OLLENDORFF, 1899
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA

LA MUJER DE PAUL



El restaurante Grillon, aquel falansterio de remeros, se vaciaba lentamente. Ante la puerta había un tumulto de gritos, de llamadas; y los mozos fornidos, en camiseta blanca, gesticulaban con los remos al hombro. Las mujeres, con sus claros atuendos de primavera, embarcaban con precaución en las yolas y, sentándose junto al timón, se arreglaban los vestidos, mientras el dueño del establecimiento, un fornido mozo de barba pelirroja y de célebre vigor, ayudaba a subir a las hermosas jovencitas, sujetando con firmeza las frágiles embarcaciones. Los remeros tomaban asiento a su vez, con los brazos desnudos y el pecho abombado, posando para la galería, una

galería compuesta por burgueses endomingados, obreros y soldados acodados en la barandilla del puente y muy atentos a aquel espectáculo. Una a una, las barcas se despegaban del pontón. Los remeros se inclinaban hacia delante y luego se echaban hacia atrás con un movimiento regular; y, bajo el impulso de los largos remos curvos, las rápidas yolas se deslizaban por el río, se alejaban, menguaban y desaparecían finalmente bajo el otro puente, el del ferrocarril, descendiendo hacia la Grenouillère. Solo una pareja se había quedado. El joven, casi imberbe aún, delgado, de rostro pálido, sujetaba por la cintura a su amante, una morenita flaca con andares de saltamontes; y a ratos se miraban el fondo de los ojos. El patrón gritó: —Vamos, señor Paul, dése prisa. Y ellos se acercaron. De todos los clientes de la casa, el señor Paul era el más querido y respetado. Pagaba bien y con regularidad, mientras que a los otros había que insistirles largo tiempo, si es que no desaparecían, insolventes. Además, constituía para el establecimiento una especie de publicidad viviente, pues su padre era senador. Y cuando un forastero preguntaba: —¿Y quién es ese jovencito, tan colado por su damisela? Algún cliente habitual respondía a media voz, con aire importante y misterioso: —Es Paul Baron, ¿sabe? El hijo del senador. Y el otro, invariablemente, no podía evitar decir: —¡Pobre diablo! No está poco pillado. La señora Grillon, una buena mujer, experta en el negocio, llamaba al joven y a su compañera «sus dos tortolitos», y parecía enternecida por aquel amor tan ventajoso para su casa. La pareja se acercó a pasitos cortos; la yola Madeleine estaba lista; pero, en el momento de subir, se besaron, lo que hizo reír al público congregado en el puente. Y el señor Paul, empuñando los remos, partió también hacia la Grenouillère. Cuando llegaron, iban a ser las tres, y el gran café flotante rebosaba de gente. La inmensa balsa, cubierta por un tejado alquitranado que sostienen columnas de madera, está unida a la encantadora isla de Croissy por dos pasarelas, una de las cuales penetra en el centro de este establecimiento acuático, mientras que la otra comunica su extremo con un islote minúsculo plantado con un árbol y apodado el «Macetero», y, desde allí, llega a tierra firme junto a la caseta de los baños. El señor Paul amarró su embarcación junto al establecimiento, trepó por la barandilla del café y luego, tomando las manos de su amante, la aupó, y ambos se sentaron en el extremo de una mesa, uno frente al otro. Al otro lado del río, en el camino de sirga, se alineaba una larga fila de carruajes. Los coches de punto alternaban con los finos coches de los gomosos: los unos, pesados, con su enorme panza aplastando los muelles, tirados por un jamel-

go de cuello caído y rodillas vencidas; los otros, esbeltos, lanzados sobre ruedas delgadas, con caballos de patas finas y tensas, cuello erguido y el bocado níveo de espuma, mientras el cochero, embutido en su librea, con la cabeza rígida en su gran cuello, permanecía con la espalda inflexible y el látigo sobre una rodilla. La orilla estaba cubierta de gente que llegaba en familias, en grupos, de dos en dos o en solitario. Arrancaban briznas de hierba, bajaban hasta el agua, volvían a subir al camino, y todos, al llegar al mismo punto, se detenían a esperar al barquero. El pesado bote iba sin cesar de una orilla a otra, descargando a sus viajeros en la isla. El brazo del río (que llaman el brazo muerto), al que da este pontón de bebidas, parecía dormir, tan débil era la corriente. Flotas de yolas, esquifes, piraguas, podoscafes, gigs, embarcaciones de toda forma y naturaleza, surcaban la onda inmóvil, cruzándose, mezclándose, abordándose, deteniéndose bruscamente con una sacudida de brazos para lanzarse de nuevo bajo una brusca tensión de los músculos, y deslizarse vivamente como largos peces amarillos o rojos. Llegaban otras sin cesar: unas de Chatou, río arriba; otras de Bougival, río abajo; y las risas volaban sobre el agua de una barca a otra, las llamadas, las interpelaciones o las broncas. Los remeros exponían al ardor del día la carne bronceada y protuberante de sus bíceps; y, semejantes a flores extrañas, a flores que nadasen, las sombrillas de seda roja, verde, azul o amarilla de las timoneles se abrían en la popa de las canoas. Un sol de julio ardía en medio del cielo; el aire parecía lleno de una alegría abrasadora; ninguna ráfaga de brisa agitaba las hojas de los sauces y los álamos. Allá, enfrente, el inevitable Monte Valérien escalonaba bajo la luz cruda sus taludes fortificados; mientras que a la derecha, la adorable colina de Louveciennes, girando con el río, se redondeaba en semicírculo, dejando entrever por trechos, a través del verdor potente y sombrío de los grandes jardines, los blancos muros de las casas de campo. En los alrededores de la Grenouillère, una multitud de paseantes circulaba bajo los árboles gigantes que hacen de este rincón de la isla el parque más delicioso del mundo. Mujeres, muchachas de cabellos amarillos, pechos desmesuradamente rotundos, grupa exagerada, tez empolvada de afeite, ojos carbonados, labios sanguinolentos, ceñidas, encorsetadas en vestidos extravagantes, arrastraban sobre el fresco césped el mal gusto chillón de sus atuendos; mientras que a su lado, unos jóvenes posaban con sus galas de figurines de moda, con guantes claros, botines de charol, bastoncillos delgados como un hilo y monóculos que acentuaban la necedad de su sonrisa. La isla se estrangula justo en la Grenouillère, y en la

otra orilla, donde también funciona un transbordador que trae sin cesar a la gente de Croissy, el brazo rápido, lleno de torbellinos, de remolinos, de espuma, corre con aires de torrente. Un destacamento de pontoneros, con uniforme de artilleros, está acampado en esta ribera, y los soldados, sentados en fila sobre una larga viga, miraban correr el agua. En el establecimiento flotante había un gentío furioso y vociferante. Las mesas de madera, donde las consumiciones derramadas formaban delgados riachuelos pringosos, estaban cubiertas de vasos medio vacíos y rodeadas de gente medio ebria. Toda aquella muchedumbre gritaba, cantaba, berreaba. Los hombres, con el sombrero echado hacia atrás, el rostro enrojecido y los ojos brillantes de borrachos, se agitaban vociferando por una necesidad de alboroto natural en las bestias. Las mujeres, buscando una presa para la noche, se hacían invitar a beber mientras esperaban; y, en el espacio libre entre las mesas, dominaba el público habitual del lugar, un batallón de remeros jaraneros con sus compañeras en falda corta de franela. Uno de ellos se desgañitaba al piano y parecía tocar con pies y manos; cuatro parejas saltaban en una cuadrilla; y unos jóvenes los miraban, elegantes, correctos, que habrían parecido como es debido si la tara, a pesar de todo, no se hubiera manifestado. Porque allí se huele, a plenas narices, toda la espuma del mundo, toda la canalla distinguida, todo el moho de la sociedad parisina: mezcla de mancebos de tienda, de cómicos de la legua, de periodistas ínfimos, de hidalgos bajo tutela, de bolsistas tramposos, de juerguistas depravados, de viejos vividores podridos; una turba interlope de todos los seres sospechosos, medio conocidos, medio perdidos, medio saludados, medio deshonorados, ladrones, bribones, proxenetes, caballeros de industria de porte digno, con aire de matón que parece decir: «Al primero que me llame sinvergüenza, lo reviento».



Este lugar suda estupidez, apesta a canallada y a galantería de mercadillo. Machos y hembras son allí de la misma calaña. Flota un olor a amor, y la gente se pelea por cualquier cosa para defender reputaciones apolilladas que los mandobles y los pistoletazos no hacen sino reventar aún más.

Algunos habitantes de los alrededores pasan por allí como curiosos cada domingo; algunos jóvenes, muy jóvenes, aparecen cada año, aprendiendo a vivir. Se dejan ver paseantes ociosos; algunos ingenuos acaban allí por error.

Con razón lo llaman la Grenouillère. Junto a la balsa cubierta donde se bebe, y muy cerca del «Macetero», la gente se baña. Aquellas mujeres cuyas redondeces son suficientes vienen a mostrar al desnudo su mercancía y a buscar cliente. Las otras, desdeñosas, aunque amplificadas con algodón,

apuntaladas con muelles, enderezadas por aquí, modificadas por allá, miran con aire despreciativo chapotear a sus hermanas.

Sobre una pequeña plataforma, los nadadores se agolpan para zambullirse de cabeza. Son largos como pértigas, redondos como calabazas, nudoso como ramas de olivo, encorvados hacia delante o echados hacia atrás por la amplitud del vientre, e, invariablemente feos, saltan al agua, que salpica hasta a los bebedores del café.

A pesar de los árboles inmensos inclinados sobre la casa flotante y a pesar de la cercanía del agua, un calor sofocante llenaba el lugar. Las emanaciones de los licores derramados se mezclaban con el olor de los cuerpos y con el de los perfumes violentos que impregnaban la piel de las vendedoras de amor y que se evaporaban en aquel horno. Pero bajo todos esos aromas diversos flotaba una ligera fragancia a polvos de arroz que a veces desaparecía, reaparecía, que se reencontraba siempre, como si una mano oculta sacudiera en el aire una borla invisible.

El espectáculo estaba en el río, donde el incesante ir y venir de las barcas atraía las miradas. Las remeras se repantigaban en sus asientos frente a sus machos de fuertes muñecas, y consideraban con desprecio a las pedigüeñas de cenas que merodeaban por la isla.

A veces, cuando una tripulación pasaba lanzada a toda velocidad, los amigos que se habían quedado en tierra prorrumpían en gritos, y todo el público, de pronto poseído por la locura, se ponía a chillar.

Por el recodo del río, hacia Chatou, aparecían sin cesar nuevas barcas. Se acercaban, crecían, y, a medida que se reconocían los rostros, partían otras vociferaciones.

Una canoa cubierta con un toldo y tripulada por cuatro mujeres descendía lentamente con la corriente. La que remaba era pequeña, flaca, marchita, ataviada con un traje de grumete y con el pelo recogido bajo un sombrero encerado. Frente a ella, una rubiaza corpulenta vestida de hombre, con una chaqueta de franela blanca, yacía tumbada bocarriba en el fondo de la barca, con las piernas en alto sobre el banco a ambos lados de la remera, y fumaba un cigarrillo, mientras que a cada impulso de los remos su pecho y su vientre se estremecían, sacudidos por el vaivén. Muy a popa, bajo el toldo, dos hermosas muchachas altas y delgadas, una morena y la otra rubia, se abrazaban por la cintura mientras miraban sin cesar a sus compañeras.



Un grito partió de la Grenouillère:

— ¡Ahí va Lesbos!

Y, de repente, se desató un clamor furioso; se produjo un tumulto espantoso; los vasos caían; la gente se subía a las mesas; todos, en un delirio de ruido, vociferaban:

— ¡Lesbos! ¡Lesbos! ¡Lesbos!

El grito rodaba, se volvía indistinto, no formaba más que una especie de aullido espantoso, y luego, de súbito, parecía lanzarse de nuevo, ascender por el espacio, cubrir la llanura, llenar el espeso follaje de los grandes árboles, extenderse hasta las lejanas colinas, llegar hasta el sol.

La remera, ante aquella ovación, se había detenido tranquilamente. La rubia corpulenta, tumbada en el fondo de la canoa, volvió la cabeza con aire nonchalante, incorporándose sobre los codos; y las dos hermosas muchachas, a popa, se echaron a reír mientras saludaban a la multitud.

Entonces la vociferación redobló, haciendo temblar el establecimiento flotante. Los hombres se quitaban los sombreros, las mujeres agitaban sus pañuelos, y todas las voces, agudas o graves, gritaban a la vez: «¡Lesbos!». Se habría dicho que aquel pueblo, aquel hatajo de corruptos, saludaba a un jefe, como esas escuadras que disparan el cañón cuando un almirante pasa ante ellas.

La numerosa flota de barcas aclamaba también a la canoa de las mujeres, que reanudó su andadura somnolienta para atracar un poco más lejos.

El señor Paul, al contrario que los demás, había sacado una llave del bolsillo y, con todas sus fuerzas, se puso a silbar. Su amante, nerviosa, aún más pálida, le sujetaba el brazo para hacerlo callar y esta vez lo miraba con rabia en los ojos. Pero él parecía exasperado, como arrastrado por unos celos de hombre, por una furia profunda, instintiva, desordenada. Balbució, con los labios temblorosos de indignación:

— ¡Es una vergüenza! Deberían ahogarlas como a perras con una piedra al cuello.

Pero Madeleine, bruscamente, estalló; su vocecilla agria se volvió sibilante, y hablaba con volubilidad, como para defender su propia causa:

— ¿Y a ti qué te importa? ¿No son libres de hacer lo que quieran, si no le deben nada a nadie? Déjanos en paz con tus modales y métete en tus asuntos...

Pero él la interrumpió.

— ¡Le importa a la policía, y haré que las metan en San Lázaro, yo!

Ella tuvo un sobresalto:

— ¿Tú?

— ¡Sí, yo! Y, entretanto, te prohíbo hablarles, ¿entiendes?, te lo prohíbo.

Entonces ella se encogió de hombros y, calmada de repente:

— Cariño, haré lo que me dé la gana; si no estás contento, lárgate, y ahora mismo. No soy tu mujer, ¿verdad? Así que cállate.

Él no respondió y se quedaron frente a frente, con la boca contraída y la respiración agitada.

En el otro extremo del gran café de madera, las cuatro mujeres hacían su entrada. Las dos vestidas de hombre caminaban delante: una, flaca, parecida a un muchachito envejecido con tintes amarillos en las sienas; la otra, llenando con su grasa sus ropas de franela blanca, abombando con su grupa el ancho pantalón, balanceándose como una oca gorda, con muslos enormes y rodillas metidas hacia dentro. Sus dos amigas las seguían y la multitud de remeros se acercaba a estrecharles la mano.

Las cuatro habían alquilado un pequeño chalé a la orilla del agua, y vivían allí como habrían vivido dos matrimonios.

Su vicio era público, oficial, patente. Se hablaba de ello como de algo natural, que las hacía casi simpáticas, y se susurraban por lo bajo historias extrañas, dramas nacidos de furiosos celos femeninos, y visitas secretas de mujeres conocidas, de actrices, a la casita de la orilla del agua.

Un vecino, indignado por aquellos rumores escandalosos, había avisado a la gendarmería, y el brigada, seguido de un agente, había acudido a investigar. La misión era delicada; en suma, no se podía reprochar nada a aquellas mujeres, que no se dedicaban a la prostitución. El brigada, muy perplejo, ignorando casi por completo la naturaleza de los delitos que se sospechaban, había interrogado al azar y redactado un informe monumental que concluía con su inocencia.

La gente se rio de ello hasta en Saint-Germain.

Atravesaban a pasitos cortos, como reinas, el establecimiento de la Grenouillère; y parecían orgullosas de su celebridad, felices de las miradas fijadas en ellas, superiores a esta multitud, a esta turba, a esta plebe.

Madeleine y su amante las miraban venir, y en los ojos de la muchacha se encendía una llama.

Cuando las dos primeras llegaron al final de la mesa, Madeleine gritó:

— ¡Pauline!

La mujer corpulenta se volvió, se detuvo, sin soltar el brazo de su grumete femenino:

— ¡Anda, Madeleine! Ven a hablar conmigo, querida.

Paul crispó los dedos sobre la muñeca de su amante; pero ella le dijo con tal aire: «Sabes, chiquitín, ya te puedes largar», que él se calló y se quedó solo.

Entonces ellas se pusieron a cuchichear, de pie, las tres. Alegres sonrisas asomaban a sus labios; hablaban deprisa; y Pauline, a ratos, miraba a Paul a hurtadillas con una sonrisa socarrona y maliciosa.

Al final, sin poder soportarlo más, él se levantó de pronto y se acercó a ellas de un salto, temblando de pies a cabeza. Agarró a Madeleine por los

hombros:

— Ven, te lo ordeno — dijo —, te he prohibido hablar con esas pelanducas.

Pero Pauline alzó la voz y se puso a insultarlo con su repertorio de verdulera. La gente se reía alrededor; se acercaban; se ponían de puntillas para ver mejor. Y él se quedó mudo bajo aquella lluvia de injurias fangosas; le parecía que las palabras que salían de esa boca y caían sobre él lo ensuciaban como si fueran basura y, ante el escándalo que comenzaba, retrocedió, volvió sobre sus pasos y se acodó en la barandilla que daba al río, de espaldas a las tres mujeres victoriosas.

Se quedó allí, mirando el agua, y a veces, con un gesto rápido, como si la arrancara, se quitaba con un dedo nervioso una lágrima que se le había formado en el rabillo del ojo.

Y es que la amaba perdidamente, sin saber por qué, a pesar de sus instintos delicados, a pesar de su razón, a pesar de su propia voluntad. Había caído en aquel amor como se cae en un hoyo cenagoso. De naturaleza tierna y fina, había soñado con relaciones exquisitas, ideales y apasionadas; y hete aquí que este pequeño grillo de mujer, tonta, como todas las muchachas, de una estupidez exasperante, ni siquiera bonita, flaca y rabiosa, lo había atrapado, cautivado, poseído de pies a cabeza, en cuerpo y alma. Sufría aquel hechizo femenino, misterioso y todopoderoso, esa fuerza desconocida, esa dominación prodigiosa, venida de no se sabe dónde, del demonio de la carne, y que arroja al hombre más sensato a los pies de una muchacha cualquiera sin que nada en ella explique su poder fatal y soberano.

Y allí, a su espalda, sentía que se preparaba algo infame. Las risas se le clavaban en el corazón. ¿Qué hacer? Lo sabía de sobra, pero no podía.

Miraba fijamente, en la orilla de enfrente, a un pescador de caña inmóvil.

De pronto, el buen hombre sacó bruscamente del río un pececillo de plata que se retorció en el extremo del sedal. Luego intentó quitarle el anzuelo, lo retorció, le dio vueltas, pero en vano; entonces, impaciente, se puso a tirar, y toda la garganta sangrante del animalillo salió con un amasijo de entrañas. Y Paul se estremeció, desgarrado él mismo hasta el corazón; le pareció que aquel anzuelo era su amor, y que, si tuviera que arrancárselo, todo lo que

tenía en el pecho saldría así, en el extremo de un hierro curvado, enganchado en el fondo de su ser, y cuyo sedal sostenía Madeleine.



Una mano se posó en su hombro; él tuvo un sobresalto, se volvió; su amante estaba a su lado. No se hablaron; y ella se acodó como él en la barandilla, con los ojos fijos en el río.

Él buscaba qué decir, y no encontraba nada. Ni siquiera lograba desentrañar lo que sucedía en su interior; todo lo que sentía era la alegría de tenerla allí, cerca de él, de vuelta, y una cobardía vergonzosa, una necesidad de perdonarlo todo, de permitirlo todo con tal de que ella no lo abandonase.

Finalmente, al cabo de unos minutos, le preguntó con voz muy dulce:

—¿Quieres que nos vayamos? Se estaría mejor en la barca.

Ella respondió:

—Sí, cariño.

Y él la ayudó a bajar a la yola, sosteniéndola, apretándole las manos, completamente enternecido, con algunas lágrimas aún en los ojos. Entonces ella lo miró sonriendo y se besaron de nuevo.

Remontaron el río muy despacio, bordeando la orilla plantada de sauces, cubierta de hierba, bañada y tranquila en la tibieza de la tarde.

Cuando regresaron al restaurante Grillon, apenas eran las seis; entonces, dejando su yola, partieron a pie por la isla, hacia Bezons, a través de las praderas, a lo largo de los altos álamos que bordean el río.

El heno alto, listo para la siega, estaba lleno de flores. El sol poniente extendía sobre él un manto de luz rojiza y, en el calor suavizado del día que acababa, las flotantes exhalaciones de la hierba se mezclaban con los húmedos aromas del río, impregnando el aire de una lánguida ternura, de una ligera felicidad, como un vapor de bienestar.



Un lánguido desmayo invadía los corazones, y una especie de comunión con ese esplendor tranquilo de la tarde, con ese vago y misterioso estremecimiento de vida esparcida, con esa poesía penetrante, melancólica, que parecía brotar de las plantas, de las cosas, y florecer, revelada a los sentidos en aquella hora dulce y recogida. Él sentía todo aquello, él; pero ella no lo comprendía, ella. Caminaban uno al lado del otro; y de repente, cansada de callar, se puso a cantar. Cantó con su voz agria y desafinada algo que corría por las calles, una melodía que se arrastraba en la memoria y que desgarró bruscamente la profunda y serena armonía de la tarde. Entonces él la miró, y sintió entre ellos un abismo infranqueable. Ella golpeaba las hierbas con su sombrilla, con la cabeza un poco gacha, contemplando sus pies, y cantando, hilando sonidos, intentando gorgoritos, atreviéndose con trinos. Su pequeña frente, estrecha, que él tanto amaba, ¡estaba pues vacía, vacía! Allí dentro no

había más que aquella música de organillo; y los pensamientos que se formaban allí por azar eran parecidos a esa música. Ella no comprendía nada de él; estaban más separados que si no vivieran juntos. ¿Sus besos no iban, pues, nunca más allá de los labios? Entonces ella alzó los ojos hacia él y sonrió de nuevo. Él se sintió conmovido hasta la médula y, abriendo los brazos, en un arrebato de amor, la abrazó apasionadamente. Como él le arrugaba el vestido, ella acabó por zafarse, murmurando a modo de compensación: — Anda, que te quiero mucho, cariño. Pero él la agarró por la cintura y, preso de la locura, se la llevó corriendo; y la besaba en la mejilla, en la sien, en el cuello, mientras saltaba de júbilo. Cayeron, jadeantes, al pie de un arbusto incendiado por los rayos del sol poniente, y, antes de haber recuperado el aliento, se unieron, sin que ella comprendiera la exaltación de él. Regresaban cogidos de la mano, cuando de pronto, a través de los árboles, divisaron en el río la canoa tripulada por las cuatro mujeres. La corpulenta Pauline también los vio, porque se irguió, lanzando besos a Madeleine. Luego gritó: — ¡Hasta esta noche! Madeleine respondió: — ¡Hasta esta noche! Paul creyó sentir de pronto su corazón envuelto en hielo. Y regresaron para cenar. Se instalaron bajo una de las pérgolas a la orilla del agua y se pusieron a comer en silencio. Cuando llegó la noche, trajeron una vela, encerrada en un globo de cristal, que los iluminaba con un resplandor débil y vacilante; y a cada momento se oían las explosiones de gritos de los remeros en la gran sala del primer piso. Hacia el postre, Paul, tomando tiernamente la mano de Madeleine, le dijo: — Me siento muy cansado, cariño; si te parece, nos acostamos pronto. Pero ella había comprendido la artimaña, y le lanzó esa mirada enigmática, esa mirada pérfida que tan rápido aparece en el fondo de los ojos de una mujer. Luego, tras reflexionar, respondió: — Acuéstate tú si quieres, yo he prometido ir al baile de la Grenouillère. Él esbozó una sonrisa lamentable, una de esas sonrisas con las que se velan los más horribles sufrimientos, pero respondió con un tono acariciador y desolado: — Si fueras buena, nos quedaríamos los dos. Ella dijo «no» con la cabeza sin abrir la boca. Él insistió: — ¡Te lo ruego, tesoro mío! Entonces ella cortó bruscamente: — Ya sabes lo que te he dicho. Si no estás contento, la puerta está abierta. Nadie te retiene. En cuanto a mí, lo he prometido: iré. Él apoyó los dos codos en la mesa, hundió la frente entre las manos y se quedó así, soñando dolorosamente. Los remeros bajaron de nuevo, siempre berreando. Partían en sus yolas hacia el baile de la Grenouillère. Madeleine le dijo a Paul: — Si no vienes, decídetelo, le pediré a uno de esos señores que me lleve.

Paul se levantó: —¡Vamos! —murmuró. Y partieron. La noche era negra, llena de estrellas, recorrida por un hálito ardiente, por un soplo pesado, cargado de ardores, de fermentaciones, de gérmenes vivos que, mezclados con la brisa, la ralentizaban. Deslizaba sobre los rostros una caricia cálida, hacía respirar más deprisa, jadear un poco, tan espesa y pesada parecía. Las yolas se ponían en marcha, llevando en la proa un farolillo veneciano. No se distinguían las embarcaciones, sino solamente aquellos pequeños fanales de colores, rápidos y danzarines, semejantes a luciérnagas enloquecidas; y las voces corrían en la oscuridad por todas partes. La yola de los dos jóvenes se deslizaba suavemente. A veces, cuando una barca lanzada pasaba cerca de ellos, distinguían de pronto la espalda blanca del remero iluminada por su farol. Cuando hubieron doblado el recodo del río, la Grenouillère apareció en la lejanía. El establecimiento en fiestas estaba adornado con girándulas, guirnaldas de luces de colores, racimos de luces. Por el Sena circulaban lentamente unos pesados botes que representaban cúpulas, pirámides, monumentos complicados hechos de fuegos de todos los matices. Unos festones encendidos se arrastraban hasta el agua; y a veces un fanal rojo o azul, en el extremo de una inmensa caña de pescar invisible, parecía una gran estrella que se balanceaba. Toda esta iluminación esparcía un resplandor alrededor del café, iluminando de abajo arriba los grandes árboles de la orilla, cuyo tronco se destacaba en gris pálido, y las hojas en verde lechoso, sobre el negro profundo de los campos y del cielo. La orquesta, compuesta por cinco artistas de suburbio, lanzaba a lo lejos su música de bailucho, flaca y saltarina, que hizo cantar de nuevo a Madeleine. Ella quiso entrar de inmediato. Paul deseaba antes dar una vuelta por la isla; pero tuvo que ceder. La concurrencia se había depurado. Quedaban casi exclusivamente los remeros, con algunos burgueses desperdigados y algunos jóvenes flanqueados por muchachas. El director y organizador de aquel cancán, majestuoso en un frac raído, paseaba en todas direcciones su cabeza devastada de viejo mercader de placeres públicos y baratos. La corpulenta Pauline y sus compañeras no estaban allí; y Paul respiró.



Se bailaba: las parejas, frente a frente, cabriolaban perdidamente, lanzaban las piernas al aire hasta las narices de sus compañeros.

Las hembras, con los muslos desencajados, saltaban en un vuelo de faldas que revelaba su ropa interior. Sus pies se elevaban por encima de sus cabezas con una facilidad sorprendente, y balanceaban sus vientres, meneaban la grupa, sacudían sus pechos, esparciendo a su alrededor un enérgico olor a mujer sudorosa.

Los machos se agachaban como sapos con gestos obscenos, se contorsionaban, gesticulantes y horrendos, hacían la rueda con las manos o bien, esforzándose por ser graciosos, esbozaban ademanes con una gracia ridícula.

Una criada corpulenta y dos mozos servían las consumiciones.

Como aquel café-barco, cubierto solamente por un techo, no tenía ningún tabique que lo separara del exterior, la danza desgredada se exhibía frente a la noche pacífica y al firmamento empolvado de estrellas.

De repente, el Monte Valérien, allá, enfrente, pareció iluminarse como si se hubiera declarado un incendio detrás. El resplandor se extendió, se acentuó, invadiendo poco a poco el cielo, describiendo un gran círculo luminoso, de una luz pálida y blanca. Luego apareció algo rojo, que creció, de un rojo ardiente como un metal sobre el yunque. Aquello se desarrollaba lentamente en redondo, parecía salir de la tierra; y la luna, despegándose al fin del horizonte, ascendió suavemente por el espacio. A medida que se elevaba, su matiz púrpura se atenuaba, se volvía amarillo, de un amarillo claro, resplandeciente; y el astro parecía menguar a medida que se alejaba.

Paul llevaba un buen rato mirándolo, perdido en aquella contemplación, olvidando a su amante. Cuando se volvió, ella había desaparecido.

La buscó, pero no la encontró. Recorría las mesas con una mirada ansiosa, yendo y viniendo sin cesar, preguntando a uno y a otro. Nadie la había visto.

Vagaba así, martirizado por la inquietud, cuando uno de los mozos le dijo:

—Busca a la señora Madeleine, ¿verdad? Acaba de irse hace un momento en compañía de la señora Pauline.

Y, en ese mismo instante, Paul divisó, de pie en el otro extremo del café, a la grumete y a las dos hermosas muchachas, las tres abrazadas por la cintura, que lo acechaban cuchicheando.

Lo comprendió y, como un loco, se lanzó hacia la isla.

Corrió primero hacia Chatou; pero, al llegar a la llanura, volvió sobre sus pasos. Entonces se puso a registrar la espesura de los matorrales, a vagabundear perdidamente, deteniéndose a veces para escuchar.

Los sapos, por todo el horizonte, lanzaban su nota metálica y corta.

Hacia Bougival, un pájaro desconocido modulaba algunos sonidos que llegaban debilitados por la distancia. Sobre los anchos céspedes, la luna vertía una suave claridad, como un polvillo de algodón; penetraba en el follaje, hacía correr su luz sobre la corteza plateada de los álamos, acribillaba

con su lluvia brillante las cimas estremecidas de los grandes árboles. La embriagadora poesía de aquella tarde de verano entraba en Paul a su pesar, atravesaba su angustia enloquecida, agitaba su corazón con una ironía feroz, desarrollando hasta la rabia en su alma dulce y contemplativa sus necesidades de una ternura ideal, de desahogos apasionados en el seno de una mujer adorada y fiel.



Se vio obligado a detenerse, estrangulado por sollozos precipitados, desgarradores.

Pasada la crisis, reanudó la marcha.

De pronto, sintió como una cuchillada; alguien se besaba allí, detrás de aquel arbusto. Corrió hacia allí; era una pareja de enamorados, cuyas dos siluetas se alejaron vivamente al acercarse él, enlazadas, unidas en un beso sin fin.

No se atrevía a llamar, sabiendo bien que Ella no respondería; y sentía también un miedo espantoso de descubrirlos de repente.

Los estribillos de las cuadrillas con los solos desgarradores del pistón, las risas falsas de la flauta, las rabias agudas del violín le desgarraban el corazón, exasperando su sufrimiento. La música enrabieta, cojeante, corría bajo los árboles, tan pronto debilitada, tan pronto acrecentada por una ráfaga pasajera de brisa.

De repente se dijo que Ella quizá había vuelto. ¡Sí, había vuelto! ¿Por qué no? Había perdido la cabeza sin razón, estúpidamente, arrastrado por sus

terrores, por las sospechas desordenadas que lo invadían desde hacía un tiempo.

Y, presa de una de esas singulares treguas que a veces atraviesan las mayores desesperaciones, regresó hacia el baile.

De un vistazo recorrió la sala. Ella no estaba allí. Dio la vuelta a las mesas y, bruscamente, se encontró de nuevo cara a cara con las tres mujeres. Debía de tener un aspecto tan desesperado y cómico que las tres a la vez estallaron en carcajadas.

Huyó, volvió a la isla, se precipitó a través de los matorrales, jadeando. Luego escuchó de nuevo —escuchó largo rato, porque le zumbaban los oídos—; pero, finalmente, creyó oír un poco más lejos una risita penetrante que conocía bien; y avanzó muy despacio, reptando, apartando las ramas, con el pecho tan sacudido por su corazón que ya no podía respirar. Dos voces murmuraban palabras que él aún no oía. Luego se callaron.

Entonces sintió un deseo inmenso de huir, de no ver, de no saber, de salvarse para siempre, lejos de aquella pasión furiosa que lo devastaba. Iba a volver a Chatou, tomar el tren, y no regresaría más, no la volvería a ver jamás. Pero la imagen de ella lo invadió de pronto, y la vio en su pensamiento cuando se despertaba por la mañana, en su lecho tibio, y se apretaba cariñosa contra él, echándole los brazos al cuello, con el pelo suelto, un poco revuelto sobre la frente, con los ojos aún cerrados y los labios abiertos para el primer beso; y el súbito recuerdo de aquella caricia matutina lo llenó de una añoranza frenética y de un deseo desbocado.

Hablaban de nuevo; y él se acercó, encorvado. Luego un ligero grito corrió bajo las ramas muy cerca de él. ¡Un grito! Uno de esos gritos de amor que él había aprendido a conocer en las horas¹ delirantes de su ternura. Siguió avanzando, siempre, como a su pesar, atraído invenciblemente, sin tener conciencia de nada... y los vio.

¡Oh! ¡Si hubiera sido un hombre, el otro! ¡Pero aquello! ¡Aquello! Se sentía encadenado por la propia infamia de ellas. Y se quedó allí, aniquilado, trastornado, como si de repente hubiera descubierto un cadáver querido y mutilado, un crimen contra natura, monstruoso, una inmunda profanación.

Entonces, en un relámpago de pensamiento involuntario,² recordó al pececillo al que había sentido cómo le arrancaban las entrañas... Pero

Madeleine murmuró: «¡Pauline!», con el mismo tono apasionado con que decía: «¡Paul!», y lo atravesó un dolor tal que huyó con todas sus fuerzas.

Chocó contra dos árboles, cayó sobre una raíz, reanudó la carrera y, de repente, se encontró ante el río, ante el brazo rápido iluminado por la luna. La corriente torrencial formaba grandes torbellinos donde jugaba la luz. La alta ribera dominaba el agua como un acantilado, dejando a su pie una ancha franja oscura donde los remolinos se oían en la sombra.

En la otra orilla, las casas de campo de Croissy se escalonaban en plena claridad.

Paul lo vio todo como en un sueño, como a través de un recuerdo; no pensaba en nada, no comprendía nada, y todas las cosas, su propia existencia, le parecían vagas, lejanas, olvidadas, acabadas.

El río estaba allí. ¿Comprendió lo que hacía? ¿Quiso morir? Estaba loco. Se volvió, sin embargo, hacia la isla, hacia Ella; y, en el aire tranquilo de la noche,⁴ donde aún danzaban los estribillos debilitados y obstinados del bailucho, lanzó con una voz desesperada, sobreaguda, sobrehumana, un grito espantoso:

— ¡Madeleine!



Su grito desgarrador atravesó el ancho silencio del cielo, corrió por todo el horizonte.

Luego, de un salto formidable, de un salto de bestia, se lanzó al río. El agua brotó, se cerró, y, del lugar donde había desaparecido, partió una sucesión de grandes círculos, que ensancharon hasta la otra orilla sus ondulaciones brillantes.

Las dos mujeres¹ lo habían oído. Madeleine se irguió:

—Es Paul. —Una sospecha surgió en su alma—. Se ha ahogado —dijo.

Y se lanzó hacia la orilla, donde la corpulenta Pauline se unió a ella.

Un pesado bote tripulado por dos hombres daba vueltas y más vueltas en el mismo sitio. Uno de los barqueros remaba, el otro hundía en el agua un gran palo y parecía buscar algo. Pauline gritó:

—¿Qué hacen? ¿Qué ocurre?

Una voz desconocida respondió:

—Es un hombre que acaba de ahogarse.

Las dos mujeres, apretadas la una contra la otra, desencajadas, seguían las evoluciones de la barca. La música de la Grenouillère retozaba a lo lejos, y parecía acompañar en cadencia los movimientos de los sombríos pescadores; y el río, que ahora ocultaba un cadáver, giraba, iluminado.

La búsqueda se prolongaba. La horrible espera hacía tiritar a Madeleine. Finalmente, después de media hora por lo menos, uno de los hombres anunció:

—¡Lo tengo!

Y levantó su larga pértiga suavemente, muy suavemente. Luego, algo grande apareció en la superficie del agua. El otro marinero dejó los remos y, ambos, uniendo sus fuerzas, tirando de la masa inerte, la hicieron volcar dentro de su barca.

Después se dirigieron a tierra, buscando un lugar iluminado y bajo. En el momento en que atracaban, llegaron también las mujeres.

En cuanto lo vio, Madeleine retrocedió horrorizada. Bajo la luz de la luna, parecía ya verde, con la boca, los ojos, la nariz² y la ropa llenos de fango. Sus dedos cerrados y rígidos eran espantosos. Una especie de revoque negruzco y líquido cubría todo su cuerpo. El rostro parecía hinchado, y de su pelo pegado por el limo manaba sin cesar un agua sucia.

Los dos hombres lo examinaron.

—¿Lo conoces? —dijo uno.

El otro, el barquero de Croissy, vacilaba:

—Sí, me parece que he visto esa cara; pero ya sabes, así, no se reconoce bien. —Luego, de repente—: ¡Pero si es el señor Paul!

—¿Quién es ese señor Paul? —preguntó su compañero.

El primero replicó:

—Pues el señor Paul Baron, el hijo del senador, ese jovencito que estaba tan enamorado.

El otro añadió filosóficamente:

— Bueno, pues ya se le acabó la guasa; es una lástima, de todas formas, ¡siendo rico!

Madeleine sollozaba, caída en el suelo. Pauline se acercó al cuerpo y preguntó:

— ¿Está bien muerto? ¿Del todo?

Los hombres se encogieron de hombros:

— ¡Oh! ¡Después de tanto tiempo! Seguro que sí.

Luego, uno de ellos³ preguntó:

— ¿Se alojaba en casa de Grillon?

— Sí —repuso el otro—; hay que llevarlo, habrá pasta.

Subieron de nuevo a su barca y partieron, alejándose lentamente a causa de la rápida corriente; y mucho después de que se les perdiera de vista desde el lugar donde se habían quedado las mujeres, aún se oía caer en el agua el golpe regular de los remos.

Entonces Pauline tomó en sus brazos a la pobre Madeleine desolada, la mimó, la besó largo rato, la consoló:

— ¿Qué le vas a hacer? No es culpa tuya, ¿verdad? No se puede impedir que los hombres hagan tonterías. Él lo ha querido, peor para él, al fin y al cabo. —Luego, levantándola—: Anda, querida, vente a dormir a casa; no puedes volver a lo de Grillon esta noche. —La besó de nuevo—. Anda, que nosotras te curaremos —dijo.

Madeleine se levantó y, llorando todavía, pero con sollozos más débiles, con la cabeza en el hombro de Pauline, como refugiada en una ternura más íntima y más segura, más familiar y más confiada, se marchó a pasitos muy cortos.



¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB